

862  
P73

PA 6629

A7

A19

v.4



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de A. Pérez Dubrull: Flor Baja, 22.



## CRIMEN LIBRE <sup>1</sup>

### I

Los tres que nos encontrábamos reunidos en el saloncito de confianza del Casino de la Amistad, nos habíamos propuesto aquella tarde arreglar el Código y reformar la legislación penal con sujeción á nuestro personal criterio. Lo malo era que ni con ser tan pocos estábamos conformes. Al contrario, tenía cada quisque su opinión, inconciliable con las restantes; por lo cual la disputa amenazaba durar hasta la consumación de los siglos.

Tratábase de un juicio por jurado, en

<sup>1</sup> Este cuento forma parte de la colección de «Cuentos escogidos» que acaba de publicar la casa editorial Pasqual Aguilar, de Valencia.

(Recuerde el lector que las 16 páginas de aumento gratuito en cada número del TEATRO, no han de ser forzosamente inéditas.)

32906

que una parricida había salido absuelta: así como suena, absuelta libremente, echada á pasearse por el mundo «con las manos teñidas en sangre de su esposo», exclamaba el joven letrado Arturito Caña-mo, alias *Siete patibulos*, el acérrimo partidario y apologista de la pena de muerte bajo todas sus formas y aspectos. La indignación del abogado contrastaba con la escéptica indulgencia de Mauro Pareja, solterón benévolo por egoísmo, que todo lo encontraba natural y á todo le buscaba alguna explicación benigna, hasta á las enormidades mayores. «Sabe Dios,—decía Mauro—«las jugarretas que ese esposo le haría en vida á su amable mitad... Los hay más brutos que un cerrojo, créalo V., y más malos que la quina, y el santo de los santos pierde la llave de paciencia, y agarra lo primero que encuentra por delante, y ¡zas! Entré matrimonios indisolubles, existe á lo mejor eso que puede llamarse *odio de compañeros de grillete*... El Jurado habrá visto muchas atenuantes, cuando absolvió á la

mujer.» «Perfectamente» — refunfuñaba Caña-mo, cuyo bigotillo temblaba de biliosa cólera.—«Ya sabemos lo que son Jurados. En tocando la cuerda de la sensibilidad, capaces de echar á la calle al mismísimo Sacamentecas. Á ese paso, la seguridad, la vida de los ciudadanos llegarán á depender del capricho de unos cuantos ignorantes, que ni han saludado el Código. Ahí tiene V. las consecuencias funestas... ¡Si, funestas, no me desdigo, de las lecturas perniciosas, de las nocivas teorías de *Mosicé Lucas*...» Este *Mosicé Lucas* es un abolicionista anterior al año 30, y de quien no se acuerda nadie en el mundo sino Arturito Caña-mo, para impugnarle una vez por semana en el Casino de Marineda. «Pero hombre» — arguyó Pareja — «V. cree que los Jurados han leído á ese *Mosicé*? Ni nada; ni los magistrados tampoco, si V. me apura... Para leer estaban ellos... Lo que hay es que á veces... ¡qué demonio! los que parecen crímenes no son, bien miradas las circunstancias, sino delitos... y yo, Jura-

do, probablemente absuelvo también á la mujer....» «V., Jurado, desorganizaría la sociedad más aún de lo que está....» «Pues Dios nos libre de V., magistrado, que es capaz de ahorcar al Nuncio...» «Y tanto como le ahorco si el Nuncio delinque....»

Cuando la gresca llegaba á enzarzarse mucho, yo intervenía prudentemente para templar los ánimos, adoptando la estrategia de dar la razón á todos, con lo cual lograba no dejar contento á ninguno. «Señores, realmente eso de que una mujer escape á su marido y el tribunal la mande á la calle.... fuertecito es. Con algunos años de presidio....» «¡Presidio!» gritaba Cáfiamo. «¡La casi impunidad! ¡Un fantasma de vindicta pública! ¡Hipocresía y demoralización!» «¡Presidio!» exclamaba Mauro. «¡Cuando regularmente quien merecía el presidio sería el difunto!» Y ande la marimorena.

Mientras ellos se peleaban, me asaltó con lúcida precisión un recuerdo. «Á ver si les pongo en apuro y doy nueva dirección á sus ideas», pensé, mientras hume-

decía un terrón de azúcar en *Kummel*, y me lo chupaba con golosina. «¿No les parece á Vds. — pregunté en alta voz — que por muy lista que supongamos á la policía y muy rigurosos y sagaces que sean los jueces, siempre habrá más crímenes impunes que descubiertos y castigados? ¿No les parece también que existe un orden de crímenes que no puede estimar como tales la ley, y, sin embargo, revelan en su autor más perversidad, más ausencia de sentido moral que ninguna de las acciones penadas por el Código?» Arturito me miró con sus ojos blanquecinos y turbios, que parecían los de un pez cocido, acabado de salir de la besuguera. Pareja sonrió como si medio entendiese; «¿Quieren un ejemplo?» — añadí — pues se lo voy á dar, refiriéndoles un caso que presencié años hace.» Arturito dijo *que sí* con la cabeza; el sibarita de Mauro encendió un puro con sortija, y yo principié:

— «Era un invierno de esos de prueba que saltan á veces en Madrid. Nunca he

visto días de sol más claro y brillante; ni cielo azul más limpio: aquello era un trozo de raso turquí: de noche, las estrellas resplandecían lo mismo que diamantes; hacía un lunar soberbio; todo hermoso, pero con un frío.... vamos, un frío de los que cuajan la sangre y hielan en el aire las palabras. Por la mañana perdía uno lo menos hora y media, deliberando si echaría ó no la pierna fuera, intimidado ante la perspectiva del cuarto de la posada, en cuya atmósfera ya no quedaban ni rastros del braserito de la víspera, por el terror del lavatorio en agua casi sólida, por la inevitable salida á la nevera de los pasillos ó al comedor, donde tampoco reinaría la más dulce temperatura.... y á veces acababa uno por seguir los malos consejos de la pereza, dar al diablo el hato y el garabato, y quedarse entre sábanas, en el cariñoso nido del hoyo del colchón, leyendo algún libro sin sacar fuera más que la punta de los dedos, porque la mano entera se volvería sorbete.

»Sólo que esta debilidad de pasarse la

mañanita en las ociosas plumas, se pagaba cara después. Como al fin y al cabo no había más remedio que levantarse, lo ejecutábamos á medio día, y no lográbamos ya entrar en reacción. Elaseo se hacía de mala gana y de un modo incompleto: salía uno á la calle forrado en cobre, con el gabán ruso que aquel año principió á estilarse, y al poner el pie en el umbral, al recibir el primer latigazo sutil de un cierzo afilado como navaja barbera, se le encogía el espíritu, se le ponía la carne de gallina, se le secaban los labios igual que al contacto de un hierro candente, y no tenía fuerzas sino para sepultarse en un café, aguardando la hora de volverse á casa, para arrimar las narices al vaho caliente del cocido. Salida de la atmósfera viciada á la Siberia exterior: romadizo, trancazo ó bronquitis segura....

»Ya verán Vds., ya verán cómo esto del frío se relaciona muchísimo con lo del crimen. Si no les hago á Vds. entender la inclemencia del invierno aquel, que ha dejado memoria, no comprenderían el al-

cance de lo que sigue. Conque revístanse de cachaza.»

—Bueno : ya nos hemos convencido de que hacía mucho frío.... ¡pero muchísimo! — exclamó Pareja. — Venga la historia.

—¿Á eso vamos inmediatamente...— respondí yo con firme propósito de no suprimir ni un toque de mi *efecto de país nevado*. — Ya se figurarán Vds. que con la temperatura boreal que aguantábamos, no estaríamos sin nieves. Las primeras vinieron hacia Noche Buena ; pero á mediados de Enero arreciaron en tales términos, que los puertos se cerraron completamente, y como entonces no se había terminado la línea férrea, estuve más de diez días incomunicado con mi familia y mi país. En cambio tuve el gusto de ver á Madrid muy pintoresco, sobre todo los paseos, como si los hubiesen espolvoreado de azúcar molido, á ciertas horas del día : á otras, como si los árboles se hubiesen vuelto de cristal, de cristal claro y purísimo. La nevada tuvo también para

mí la ventaja higiénica de arrancarme á mis perezosas costumbres y obligarme á saltar de la cama á primera hora, con objeto de ver, hoy los Reyes de la plaza de Oriente con barbas blancas y flecos y encajes de nieve en los tahalíes y en los mantos, mañana la bonita fuente de la Red de San Luis toda cuajada de estalactitas, al otro día la de Antón Martín convertida en garapiñera....»

—Y á todo esto, ¿el crimen? — preguntó Pareja socarronamente.

—«Ya voy.... ¡He dicho que los preámbulos son indispensables! La nieve tiene mucho que ver con el crimen. — Sepan Vds. que más que las fuentes y las estatuas me cautivó el espectáculo del Retiro. ¡Aquello sí que merecía la madrugona! Los árboles de hoja perenne, sobre todo los pinos, eran pirámides blancas salpicadas de polvo de diamante : los que se hallaban despojados de hoja, tenían, sobre la pureza de la atmósfera, un brillo raro ; parecían de vidrio hilado de Venecia.... No íbamos sólo por gozar este es-

pectáculo bonito y grandioso á la vez: lo que más nos atraía era ver patinar en el estanque, que, enteramente congelado, semejaba inmensa placa de vidrio verdoso.»

Aquí me detuve un instante; mojé otro terrón en la copa de Kummel, lo saboreé, y viendo impaciente al auditorio, proseguí sin pararme ya en tantas menudencias:

«No estaba por entonces tan extendida como ahora la costumbre de patinar, y no siempre había valientes que se prestasen á calzarse los patines y á describir curvas sobre la superficie lisa. Apenas se ablandaba unas miasmas la atmósfera, el temor de que se hubiese adelgazado ó resquebrajado la capa de hielo, retraía á los aficionados á ese género de *sport*, impropio de nuestros climas, y los mirones nos quedábamos chasqueados, contemplándonos los unos á los otros por vía de compensación.

»Sin embargo, á uno de los susodichos mirones se le ocurrió una idea sumamen-

te divertida, que podía ayudar á entretener el tiempo mientras no llegaban los patinadores formales. Sacaba del bolsillo calderilla, y la arrojaba á granel á la superficie del estanque, lo más desparrajada y lo más lejos posible. Inmediatamente una horda de pilluelos se precipitaba á recoger las monedas, y teníamos una sesión grotesca de patinaje, de lo más cómico que Vds. pueden imaginar. Las culadas y las hocicadas en el hielo de los chicos, las coreábamos desde la orilla con risas inextinguibles, chanzas y aplausos. De aquellos improvisados patinadorcillos, la mayor parte no llegaba á pescar los cuartos, pero algunos iban adquiriendo singular destreza para evitar resbalones, y sacaban buena cosecha de *perros* grandes y chicos.

»Una mañana de esas de muchísimo bajo cero (porque los grados justos no los sé, y más quiero dejar dudoso el punto que dar una cifra equivocada), estábamos cebados bastantes curiosos en la diversión de lanzar las monedas, y se des-

lizaban tras ellas más de veinte granujas, cuando de pronto se alza un comprimido rumor, uno de esos murmullos hondos de la multitud, que sobrecogida ante la inmensidad de una desdicha, no tiene fuerzas ni para gritar.... Muchos preguntaban, se empujaban y no comprendían; pero yo ni preguntar necesité, porque *habla visto*: había visto romperse la superficie del hielo, como se estrella la luna de un espejo colosal, y desaparecer por la boca recién abierta á dos de los gurriatos que recogían calderilla.... La multitud, lo repito, no gritó: ¿á qué había de gritar en balde? Allí era inútil pedir socorro, y segura la muerte de los dos infelices chicos, sobrecogidos por el frío mortal del agua, sujetos por una losa de plomo transparente á su líquida tumba.... Ni un rumor, ni un eco, ni un quejido venían de la sima que acababa de tragarse á los muchachos....

»De repente se destaca de entre la multitud un hombre, un mozo como de unos veinte años de edad, delgadillo, pálido,

resuelto; sin falso pudor se quita la chaqueta y el chaleco, se desabrocha los pantalones.... Cobardes, aplastados por la hermosura de la acción, transidos al verle desnudarse en aquella atmósfera glacial, le dejamos hacer.... La verdad es que todo ello fué, como suele decirse, ni visto ni oído. Aún no estábamos convencidos de que se arrojaría, cuando se arrojó, mejor dicho, se enhebró por la rotura del hielo. Pasaron dos minutos, pasaron tres.... ó quizá no fuesen minutos, sino segundos, que á nosotros nos parecían horas.... y por la grieta ensanchada ya, de márgenes degolladoras, salió un brazo, otro brazo, un grupo informe.... Era el salvador.... con las dos criaturas.»

—¿Vivas?—preguntaron á la vez Cána-mo y Pareja.

—«Viva una, y otra.... tiesa ya; no fué posible reanimarla.—De todos modos, entonces sí que gritamos:—¡Viva! ¡Olé tu madre! ¡Llevarlo en triunfo!—¡Un beso le quiero dar!»—vociferaba una mujer del pueblo, ronca, trémula de alegría y de en-

tusiasmo.—El pobre aclamado salvador, morado, chorreando, tiritaba y temblaba al sol, con las ropas interiores pegadas á las carnes.—¿Quieren Vds. pasarme mi pantalón? (fueron sus primeras palabras, inspiradas no sé si por el frío ó más bien por la vergüenza de verse así, medio en cueros y abrazado por la chusma). Buscamos el pantalón.... él sabía dónde lo había dejado.... ¡Pero buen pantalón te dé Dios! Ni chaqueta, ni chaleco con el reloj y los cuartos.... Mientras él salvaba al niño, un ratero le escamoteaba su ropa.»

Callé, para apreciar el efecto de mi narración, y Arturito Cañamo me miró atónito, abriendo más sus vidriosas pupilas.

—¿Y dónde está el crimen? (preguntó al fin.) Porque yo ahí veo una acción humanitaria, digna de una recompensa del Gobierno.

—¿Cuál? (preguntó con sorna Pareja.)  
¿La de robar los pantalones al salvador del niño?

—¡Ah!... ¿Hablaba V. de eso? (interro-

gó el abogado.) Como decía V. que un crimen.... y ese no pasa de un delito penado por el Código con unos meses de arresto, pues ni hay nocturnidad, ni escalamiento, ni fractura, ni ninguna de las agravantes....

